

una belleza inmensa. Mirando al Oriente se descubren las nevadas cordilleras de Erimanto y Cilene, en Arcadia; imagínese qué debió ser cuando todos aquellos tesoros de arte, en comparación de los cuales el Mercurio de Praxiteles y la alada Victoria de Peonio no son sino pobres bosquejos, relucían bajo el templado sol de septiembre. Perfectamente se comprende que el famoso orador Lisias llame á Olimpia «el más bello lugar de Grecia». En estas fiestas, todas las partes de la Hélade, desde los más apartados establecimientos del Mediterráneo occidental, hasta las colonias del Asia Menor, Euxino y Libia, estaban representadas por sus hombres más notables en fuerzas atléticas, en poesía, música, elocuencia, riquezas y poder. El sólo tomar parte en la carrera de carrozas era una cosa sumamente ambicionada: un hombre rico que lo consiguió vió cómo su ciudad se creía honrada por él; y príncipes sicilianos como Hierón ó Terón, aprovechaban gustosos esta oportunidad, no sólo para hacer gala de sus riquezas sino para adquirir popularidad.

Finalmente, todas estas fiestas estaban profundamente penetradas de un carácter religioso, que les daba solemnidad sin anular ni cohibir la libre expansión de su alegría. Los dioses, y sobre todo Júpiter, los héroes, y principalmente Hércules y Pélope, estaban en medio de sus adoradores, esplendentes en aquellas creaciones artísticas, y haciendo sentir su divino influjo en los que creían verlos velando por los certámenes é inspirando á los competidores. No hay nada en la vida moderna que pueda compararse con una victoria olímpica. Las carreras de caballos modernas ó las regatas podrán atraer inmensas muchedumbres y dar al día un carácter de festividad pública, pero las reuniones de Olimpia no eran solamente eso; eran también una solemnidad religiosa.

Aún hay otra diferencia mayor: la gloria del atleta moderno victorioso ó del vencedor en las carreras, es breve y limitada al conocimiento de un escaso número de personas; el vencedor olímpico era un hombre ilustre, desde su victoria hasta el fin de sus días; había ilustrado á su ciudad natal y podía estar seguro de obtener cuantos honores pudiera conceder aquélla. Su nombre era recordado en Olimpia, y fuese por donde fuese á través de toda la Hélade, el título *olimpionikes*, que había ganado, era suficiente para procurarle en todas partes una más que respetuosa bienvenida. Este renombre permanente tenía su imagen en el

permanente valor que las Odas de la Victoria, tales como las de Píndaro, poseían.

Semejantes odas eran, ciertamente, poemas accidentales y de ocasión, pero no efímeros. Un *epiniquion* pindárico era un monumento inmortal, una herencia, para el vencedor, su familia y su ciudad; así se dice que la oda de Píndaro en que celebró la victoria de Diágoras, el rodio, fué copiada en letras de oro y depositada en el templo de Minerva en Lindo, en la isla de Rodas. Puede, pues, fácilmente comprenderse la ansiedad de los más conspicuos hombres de la Hélade por obtener tal recuerdo, aunque no creyesen la verdadera profecía del poeta, de que sus odas, á más de recorrer muchos más países, vivirían vida más larga que los mármoles del escultor.

Una oda pindárica se compone de varios elementos que en ninguna otra parte se hallan así mezclados en la literatura, y ni aun en parte alguna de la Hélade se unieron con tanta viveza como en Olimpia. El primero de estos elementos es el esplendor, reflejado en el brillante y opulento lenguaje de Píndaro, de aquel esplendor que bajo tantas formas podía ostentar Olimpia; los mármoles de templos y estatuas, la brillantez de colores que la vista encontraba por doquiera, cuando las abigarradas embajadas de los príncipes griegos de Africa y Sicilia estaban presentes en el altis, y cuando cada una de las ciudades de la Hélade que tomaba parte, estaba ansiosa de añadir algo á la magnificencia de la escena; el esplendor de la belleza atlética en varones y adolescentes, perfectamente desarrollada tras largos meses de ejercicio; el brillo de los vivos movimientos al pasar velozmente las carrozas en el hipódromo, ó cuando la ligereza de los andarines ó la fuerza educada eran puestas de manifiesto en el estadio; la magnificencia de la música coral y el solemne ritual de los altares; el encanto de la naturaleza del cielo y del contorno, bien iluminase el sol el altis y chispease sobre las nevadas cumbres de los montes arcadios, bien estuviese la escena sumida en aquella blanda claridad de la cual habla Píndaro, cuando el disco de la luna llena contemplaba en la tierra, á la caída de la tarde, los festines, músicas y canciones. Como ejemplo de esta cualidad del estilo pindárico, podríamos tomar las palabras iniciales de su oda primera: «El agua es el bien mayor, y el oro es la brillante corona de la riqueza altiva, como un llameante fuego en la obscuridad; pero si pretendieras cantar las victorias de los juegos, no busques una

«estrella en el solitario cielo que rivalice con la radiación brillante del sol; no pensemos tampoco ensalzar otro sitio de fiestas más glorioso que Olimpia.» En este esplendor vese también incluida la viveza; la frecuente y rápida transición de imagen á imagen, de pensamiento á pensamiento que brotan de la mente del poeta, es una de las razones por las cuales es completamente imposible representar á Píndaro en una traducción continua.

El segundo elemento que á la vista y al pensamiento ofrecía Olimpia, como Píndaro lo ofrece al pensamiento y al oído, es la afinidad del presente con el pasado heroico. Los campos sagrados de Olimpia que los competidores pisaban, les estaban hablando de los héroes, de los antecesores de los griegos más nobles, gloria común de la raza helénica. Aquí surgía un recuerdo de Pélope, acullá de Hércules, Telamón ó de su hijo Ajax, de Peleo ó de su hijo Aquiles, y de otros muchos, todos modelos de fortísimo esfuerzo y de inmortal fama, ganada por su valor, gracias á los dioses y á los poetas por los dioses inspirados. Estesícoro había publicado el primer gran modelo de leyenda heroica en verso lírico; Simónides, en sus Odas de la Victoria, parece detenerse más en las particulares circunstancias de la victoria que celebra, y esto es lo que podía esperarse de su tendencia general. Píndaro, de ordinario, pasa ligeramente sobre los detalles de la victoria misma, y después eslabona su asunto con alguna leyenda heroica, la cual, frecuentemente, ocupa el cuerpo de la oda, y hacia el fin, se vuelve á su tema original.

Muestra una pericia asombrosa para hallar un encadenamiento conveniente entre el tema y la fábula: éste es uno de los puntos en que su estilo versátil merece estudiarse á fondo; pero aquí llamaré la atención, principalmente, sobre un aspecto más general de su modo de tratar las leyendas heroicas. Sírvenle para revestir la victoria particular con un significado general, y para llevar el pensamiento desde el reciente vencedor, á otro que luchó y venció en tiempos muy lejanos. Ellas prestan un encanto ideal al triunfo, que, de otra suerte, no tendría sino un interés local y personal, y al hacer esto convierten una vez más la poesía pindárica en espejo fiel de Olimpia. El vencedor más joven que acababa de recibir su guirnalda de olivo silvestre, respiraba una atmósfera de recuerdos que realzaban su proeza, enlazándola con las hereditarias glorias de su raza.

El tercer elemento de que justamente participan la poesía

pindárica y el recinto olímpico, es el consejo. Cuando los sacerdotes dimanados y herederos de Yamo rodeaban el altar de Júpiter y leían las tremendas señales, explicaban á la multitud los agüeros del porvenir. El atleta al entrar en el estadio veía ante sí una estatua de Kairos, la oportunidad personificada, el dios que permite á los competidores aprovechar el momento más crítico ; de éstas y otras variadas maneras se expresaban en Olimpia los consejos divinos ; pero no era todo. Los helenos allí congregados podían oír la voz del filósofo, del poeta y del estadista, los cuales escogían esta coyuntura para dar lecciones de sabiduría ; y Píndaro está en perfecta consonancia con la índole de las fiestas nacionales, cuando entreteje preceptos religiosos y máximas morales en los riquísimos bordados de sus odas.

No interpreta, empero, teoría alguna ; más bien da una expresión solemne á los sentimientos y reglas de conducta más corrientes entre los helenos, recapitulando, por decirlo así, la enseñanza de la experiencia helénica, de una manera á tales fiestas apropiada. Y así como podrían los yamidas haber hablado desde su altar en el altis, habla Píndaro, desde su posición ventajosa y espiritual, de sus relaciones y amistades de Delfos. Esto es, habla con autoridad ; y no es raro hallar en sus frases tersas, extrañamente enunciadas y aun enigmáticas, el sello del oráculo.

Hay todavía otro rasgo en el cual la mente de Píndaro refleja á Olimpia. A la festividad concurrían griegos de todo el mundo helénico, y la imaginación de Píndaro tiene la tendencia á recorrer velozmente el área total de la Hélade, y aun las más remotas regiones en que los helenos habían penetrado. ¡ Qué concepción más vasta no es la figurativa descripción de un hombre cuya hospitalidad fué liberal y continua ! : « Llegó, en su dilatado viaje, hasta » Fasis, en los días estivales, y en invierno, hasta las riberas del » Nilo. » Cuando su canto ha obtenido ya libre curso, lo compara á una nave que navegó al Occidente más allá de las puertas del Mediterráneo y exclama : « Nadie puede pasar más allá de Gades ; pongamos de nuevo nuestras velas hacia Europa. » Un viaje á las Columnas de Hércules le provee de una comparación para la mayor extensión de la buena fortuna ; y aquí, tanto en su volar sublime como en su rápido descender sobre su objeto, es entre los demás poetas el águila que domina el campo entero de la existencia helena, mientras que su penetrante mirada vuela como un dardo de tierra en tierra y de pueblo en pueblo.

Tales son, pues, los principales elementos comunes á los juegos olímpicos y á la poesía pindárica : brillantes de luz y colorido, de hermosura física, de rápidos movimientos y de esfuerzos extremos, de música coral y adoración sublime, de escenas naturales, de viviente simpatía entre lo presente y el pasado heroico, de sabiduría que habla por voz de sacerdotes y profetas, de anhelo y amor por la unidad de la Hélade, avivados por el sentido de su variedad y su grandeza.

La forma coral en que Píndaro ha combinado estos elementos, y la manera de combinarlos, es más difícil de describir. La primera oda olímpica puede tomarse como típica : consta de ciento diez y seis versos, y está compuesta en cuatro estancias de veintinueve versos cada una ; teniendo cada estancia una estrofa y antistrofa, cada una de once versos, seguidas por un epodo de siete. El coro, al cantar cada estrofa y antistrofa, acompañaba su canto con una danza rítmica, pero en el epodo cesaba el baile. Esta oda se compuso para honrar la victoria, en la carrera de caballos, de Hierón, tirano de Siracusa, en 472. A. C., con el fin de representarla en su Corte. Empieza con el tema obligado : la victoria de Hierón ; después pasa á la leyenda de Tántalo y de su hijo Pélope, y termina con otras referencias al vencedor. Estas tres secciones, principio, medio y fin, no se corresponden precisamente con los límites de las estancias ; pero en conjunto podemos decir que la primera estancia está consagrada á Hierón, la segunda y la tercera á la fábula, y la cuarta vuelve al tema de la primera.

La continuidad del pensamiento es como sigue : los juegos olímpicos son las fiestas más espléndidas, tan sin par como el sol del firmamento. La victoria de Hierón en Olimpia le ha conquistado gran fama en la tierra de Pélope, á quien amó el poderoso dios marino Poseidón. Este pronombre relativo *quien*, que cae tan naturalmente en la composición, es la traba y lazo de unión entre el tema y la fábula : «Pélope, á quien amó Poseidón, desde el momento en que nació con su hombro de marfil.» Ahora bien, la leyenda vulgar no decía que Pélope nació con un hombro de marfil, sino que el rey lidio Tántalo, cuando los dioses le honraron llegando como huéspedes á su casa y sentándose á su mesa, mató á su hijo Pélope y les sirvió su carne : Demetria (diosa de la vegetación y de los frutos útiles) comió inconscientemente el hombro ; luego, los dioses ordenaron á Mercurio que pusiese lo res-

tante en un caldero, del cual salió creado de nuevo, milagrosamente, Pélope, pero sin un hombro; entonces Demetria suplió esta parte con un hombro de marfil. Píndaro rechaza esta versión como deshonrosa para los dioses, pues hace de la diosa Demetria un caníbal, y cuenta la historia de este modo: «El dios marino Poseidón llevóse al joven Pélope del banquete al Olimpo, y entonces los malignos vecinos de Tántalo inventaron la historia caníbal para explicar su desaparición. Tántalo fué condenado á sus temerosos castigos del mundo subterráneo, no por servir su hijo á los dioses, sino por robarles el néctar y la ambrosía y dárselos á sus compañeros mortales. Por esto no permitieron los dioses que su hijo permaneciese en el Olimpo, y lo expulsaron, «para que otra vez fuese contado entre la raza efímera de los hombres.» Cuando el joven llegó á la virilidad se enamoró de Hipodameia, hija de Enomao, rey de Elis. Su mano únicamente se podía alcanzar venciendo á Enomao en la carrera de carrozas, y al pretendiente le aguardaba, si perdía, la muerte. El joven Pélope fué por la noche á la playa del mar é invocó al dios marino que le llevó en otro tiempo al Olimpo. Poseidón se le apareció, y Pélope le expuso sus deseos y le pidió le ayudase en aquella peligrosa lucha contra Enomao. «Y viendo que los hombres deben morir, ¿para qué ha de vivir un hombre en la obscuridad, pasando una vejez desconocida?—¡No!—exclama:—esta lucha, yo la acometeré, y tú concédeme el resultado que ansío.» Entonces Poseidón le dió una carroza de oro, y caballos alados, incansables. Pélope venció á Enomao y ganó á Hipodameia, y ahora el sepulcro de Pélope es honrado junto á la corriente del Alfeo, y su gloria va unida á la de Olimpia «donde la velocidad y la fuerza se ponen á prueba.»

Ha terminado la fábula, y otro eslabón semejante á aquél que une el proemio con el mito, ha enlazado el mito con la conclusión: «Olimpia, donde la velocidad y la fuerza se ponen á prueba, »y donde el que vence tiene por toda su vida el brillante esplendor »que dan los juegos.» Como el futuro es un misterio para los hombres, ya es bastante para el día presente el bien que de la victoria se deriva. La victoria de Hierón reclama esta canción eólica, y si Dios no le abandona, recibirá de nuevo este tributo. Tiene la grandeza muchas formas y niveles diversos; goce Hierón por toda la vida de su poder, y goce el poeta de su supremo renombre.

Con este elevado paralelismo entre sí y Hierón, en cuanto á

la supremacía de la eminencia en sus respectivos grados, cierra Píndaro su primera oda. El bosquejo dado servirá para mostrar la naturaleza de la argumentación, el carácter de las transiciones, el modo con que el tono moral se mezcla con los demás. En cuanto al efecto producido por tal oda, cuando se la representaba con música y danza, la analogía moderna más exacta, más bien que en la poesía, ha de buscarse en la música. Algunos oratorios, tales como el «Mesías» ó «Israel en Egipto», son por lo menos más semejantes á Píndaro en la manera de causar impresión en el auditorio, que ninguna clase de literatura moderna. Hay, por supuesto, una diferencia que limita en seguida esta imperfecta analogía; á saber, que, en la poesía pindárica, como en todos los líricos griegos de la edad de oro, la letra era el elemento principal y la música estaba subordinada á ella. Pero la comparación entre la oda pindárica y el oratorio, dando por admitido que tal comparación sea valedera, no depende de la relación entre la música y la letra, sino que más bien estriba en las rápidas transiciones de un tono ó sentimiento á otro, de la tormenta á la calma, de la energía espléndida á la tranquilidad, de la alegría triunfante á la reflexión y aun á la tristeza; las cuales son en Píndaro tan frecuentes y rápidas, que sólo están en congruencia con el arte gracias á las tupidas armonías del ritmo y del lenguaje que las unen; armonías para las que eran indispensables dos cosas: un lenguaje con las cualidades sin par del griego, y un artista dotado de supremo poder musical y rítmico sobre las palabras. Ningún griego, excepto Píndaro, pudo jamás modelar tales armonías; Píndaro mismo á duras penas lo hubiese conseguido con una lengua moderna, pues en la elevada poesía, especialmente en el empleo del estilo sublime, todo lenguaje moderno es inferior al griego. Por el contrario, la música moderna permite transiciones de modo á modo, tan variadas y casi tan rápidas como las de Píndaro, y además la constitución misma de la armonía hace esto muy posible.

Muchos críticos antiguos y modernos han pretendido hacer creer que el genio de Píndaro era de los impetuosos que, despreciando los vallados de los preceptos clásicos, se precipitan hacia adelante sin premeditación ninguna ó pausa, y ganan sus triunfos por la viva vehemencia de su poderosa inspiración. No ha tenido poca parte en la difusión de este concepto respecto del poeta tebano, Horacio, al compararle con el montañoso torrente

hendido por las lluvias, que rebasando sus riberas corre arrebatado con estruendo. En los tiempos modernos, no se empezó á disipar la creencia en su no observancia de las leyes clásicas, hasta después de que Boeck y Dissen demostraron el orden del aparente caos de sus metros : en efecto, cada una de sus odas es una obra elaboradísima de complejo arte, estudiada y pulida hasta en sus más ínfimos detalles. Bastará que hagamos mención de tres de los varios puntos que reclamaban de continuo la reflexión y tacto del poeta.

Primeramente, pues que la longitud de la oda es usualmente moderada (sólo la cuarta oda pitia pasa de las cinco estancias), hubo de planear una distribución simétrica de su materia, de modo que el proemio, centro y fin, se proporcionasen rectamente entre sí. Y si, como casi siempre sucedía, tenía que introducir alguna fábula mitológica, había de considerar las relaciones que con ella ofrecían la familia ó la ciudad del vencedor, ú otras circunstancias de la victoria misma. En segundo lugar, tenía que determinar el modo musical en que se había de poner el poema. El modo dórico respiraba gravedad, energía y virilidad ; el eolio era más alegre y animado, con tono de brillante y caballeresca festividad ; el lidio, usado raramente por Píndaro, tenía un carácter tierno y melancólico, muy propio para endechas. Cada estilo musical tenía sus metros que le eran más propios. En tercer lugar, la elección del modo musical y del metro afectaban á la estructura del dialecto. El dialecto de Píndaro, es en su base, el mismo que adoptó Estesícoro cuando por primera vez dió el ejemplo de tratar asuntos heroicos en forma lírica ; éste es el épico, una variedad formada por los poetas, pero que exactamente no corresponde á ningún lenguaje hablado. Píndaro lo atempera con dorismos y eolismos, más bien asiáticos que beocios, en variadas proporciones según el estilo musical y el metro en que escribe.

Estas tres consideraciones demuestran que Píndaro, al componer un *epinikion*, era un artista que trabajaba bajo múltiples exigencias de la observancia preceptiva y de la tradición. A cada paso necesitaba la más cuidadosa reflexión, el más esmerado cuidado. Se ha de hacer fuerza sobre este aspecto de sus obras, porque fácilmente puede pasar inadvertido, pero hay también otro aspecto. El torrente no es un buen símil, aunque la intrepidez del genio original de Píndaro es evidente ; la única razón que encontrarían los modernos para dudarle es que él mismo lo afirme

tantas veces. Débese, empero, tener presente, que Píndaro es el inspirado poeta, que cree y siente, como todos los griegos de su tiempo lo hubiesen creído y sentido, que su don era estrictamente divino, que Apolo ó las Musas le hablaban, y que, por lo tanto, alabar su propio don es enaltecer y honrar á la divinidad que lo concede. Pero ciertamente que no debió ser cosa muy agradable ser poeta en los tiempos de Píndaro, el cual con sublime candor se llama águila á sí mismo, y cuervos y cornejas á sus contemporáneos competidores. La impresión producida por el estilo de Píndaro es la de creer que éste es arrastrado por un poder irresistible que en su interior lleva, ansioso de hallar una expresión amplia, con inmensos recursos de imágenes y lenguaje, sostenido por incansables alas. Después de vuelos altísimos y prolongadísimos, parece aún tener fuerzas de reserva; después de asombrosas manifestaciones de su opulenta imaginación aún percibimos su inextinguible riqueza. Lo que hace á Píndaro único en su clase es la unión de su poderoso espíritu y magnífica abundancia con el instinto educado de su propio dominio y de la simetría del artista griego.

Su dicción merece se la trate en particular: otros grandes poetas se han distinguido por más delicada felicidad de palabra, más pura belleza de frase, más pulcro é impecable estilo. Safo y Simónides—para no traer sino ejemplos líricos,—muestran aún en los pocos fragmentos que nos quedan ciertos encantos de esta clase, los cuales faltan en Píndaro; mas hay una cualidad en la que él es absolutamente único. Esta es la que sólo pudo encontrar ancho campo dentro de la estructura del poema lírico coral dorio: la facultad de modelar frases magníficas y darlas exactamente su recto lugar en el espacioso verso, de modo que juntamente deleitasen el oído y encantasen la imaginación. Considérese, por ejemplo, el verso en que describe cómo Jasón, por los ensalmos de Medea pudo enganchar los toros que respiraban fuego:

eijet' ergon pyr de nin ouk eolei pamfarmakou xeinas efetmais

¿Quién sino Píndaro pudo juntar las tres últimas palabras? En estos mármoles esculpidos de su dicción encontramos frecuentemente grandiosos epítetos, inventados quizá por el poeta mismo, como en

Astéon ridsan futeuseszai melesimbrotón

Y aun las palabras más ordinarias son modeladas por él en tan encantadoras formas, que son la delicia de la memoria al recor-

darlas ; como cuando Medea dice, refiriéndose al trozo de tierra de Libia que se perdió cayendo á las aguas desde la cubierta de la nave Argos :

*enalian bamen sun alma
ésperas ugro pelaguei spomenan*

El poder de la poesía, en el pensamiento de Píndaro, es inseparable del poder de la música, y ambos están simbolizados por la lira, «conjunta posesión» como él la llama, «de Apolo y de las Musas». «¡ Oh, dorada lira, conjunta posesión de Apolo y de las musas de negra cabellera ; tú, á cuyo mandamiento la danzarina comienza la festiva danza ; tú, á cuyas señales obedecen los cantores, cuando tus trémulas notas anuncian el preludio de la canción coral ! Tú puedes extinguir aún el rayo, cuyos venablos son de perenne fuego ; y el águila, reina de las aves, dormita sobre el cetro de Júpiter, dejando colgar á sus costados las rápidas alas ; pues tú has enviado una niebla de obscuridad sobre su arqueada cabeza, un hermoso sello sobre sus ojos, y ella levanta su espalda con el agitado respirar del sueño, encantada por tus temblorosos sonos. Más aún : el violento dios de la guerra olvida la cruel agudeza de sus lanzas y rinde su aplacado ánimo al sueño ; porque tus flechas subyugan las mentes de los dioses, por la virtud del arte que nace del hijo de Leteo y de las ocultas Musas.»

»Pero no todas las criaturas que ama Júpiter se desmayan cuando oyen la música de las Pierides, ya estén en la tierra ó en el rugiente abismo ; como aquel Tifón de cien cabezas y enemigo de los dioses, que yace en el temeroso Tártaro, ensalzado antiguamente en la cueva Cilicia. Pero ahora Sicilia y los peñascos de Cumas oprimen su velludo pecho, y una columna del firmamento le retiene, y aun el Etna canoso, cubierto de viva nieve todo el año ; de cuyas secretas profundidades brotan fontanas de inaccesible fuego ; durante el día aquellos ríos derraman torrentes de cárdeno humo, pero durante las tinieblas una undulante llama pasa rápidamente sobre las rocas rugiendo hasta el profundo mar.»

Bien se echa de ver aquí la emoción de Píndaro por todo lo que es grande y terrible en la naturaleza, lo cual en la poesía griega de su tiempo no abunda mucho, y cuando hay algo de ello, está expresado con mayor limitación. Así Esquilo, que habla también del Etna en erupción, más bien que detenerse en la sublimidad,

da énfasis á los efectos destructores del volcán sobre las labores del campo : «Ríos de fuego brotarán de él, despedazando con fieras garras las llanuras de la fructífera Sicilia.» No siente Píndaro menor simpatía por los más bellos aspectos de la hermosura natural. En un fragmento de un ditirambo habla de la estación «cuando la mansión de las Horas se abre, y las nectáreas
»plantas perciben la fragante primavera. Entonces los ramilletes
»de violetas se esparcen sobre la divina tierra ; entonces se prenden en la cabellera las rosas, y suenan las canciones con la flauta
»y las masas corales cantan á Semele, de brillantes guirnaldas.»

Estos versos nos traen á la memoria aquellas diosas representadas frecuentemente como jóvenes doncellas adornándose con primaverales flores : las Gracias. Ellas son las deidades que dan todo cuanto puede regocijar ó perfeccionar el espíritu humano, que prestan un completo encanto á la victoria y á las fiestas, que derraman radiaciones de belleza sobre toda obra de arte, y que son por lo tanto las diosas de las canciones, y en especial de canciones como las de Píndaro. Su tributo al poder de la música va unido con la invocación de las Gracias : «¡ Ilustres reinas del
»brillante Orcómeno, que vigiláis sobre la antigua raza de Minian,
»oídmе, vosotras¡ oh Gracias !, cuando os invoco ! Por vuestra ayuda vienen á los mortales todas las cosas alegres y dulces, tanto
»la sabiduría que se concede al hombre, como la belleza y el renombre. Más aún : los dioses ordenan no bailar ni celebrar festines sino conforme á la majestad de las Gracias. Las Gracias
»gobiernan todas las cosas del cielo ; han establecido su trono
»junto á Apolo Pitio, el del dorado arco, y adoran la eterna deidad del Padre Olímpico.»

Simónides, en sus endechas y cantos fúnebres, parece haberse detenido principalmente en el sentimiento de la muerte ; Píndaro, en el trozo más importante de esta clase, pinta la bienaventurada vida de los campos Elíseos : «La fuerza del sol les brilla en aquel
»mundo, mientras que el nuestro no es sino tinieblas ; el campo
»de delante de su ciudad, entre praderas de flores carmesí, tiene
»sombra de árboles de incienso y riqueza de dorados frutos. Algunos cifran su placer en los caballos y en las hazañas de fuerza,
»otros en los dados, y otros en las arpas ; todas las bellas floraciones medran entre ellos, y la fragancia corre por su alegre tierra,
»pues queman diversas mezclas de perfumante incienso en los altares de los dioses, con fuegos que desde muy lejos se divisan.»

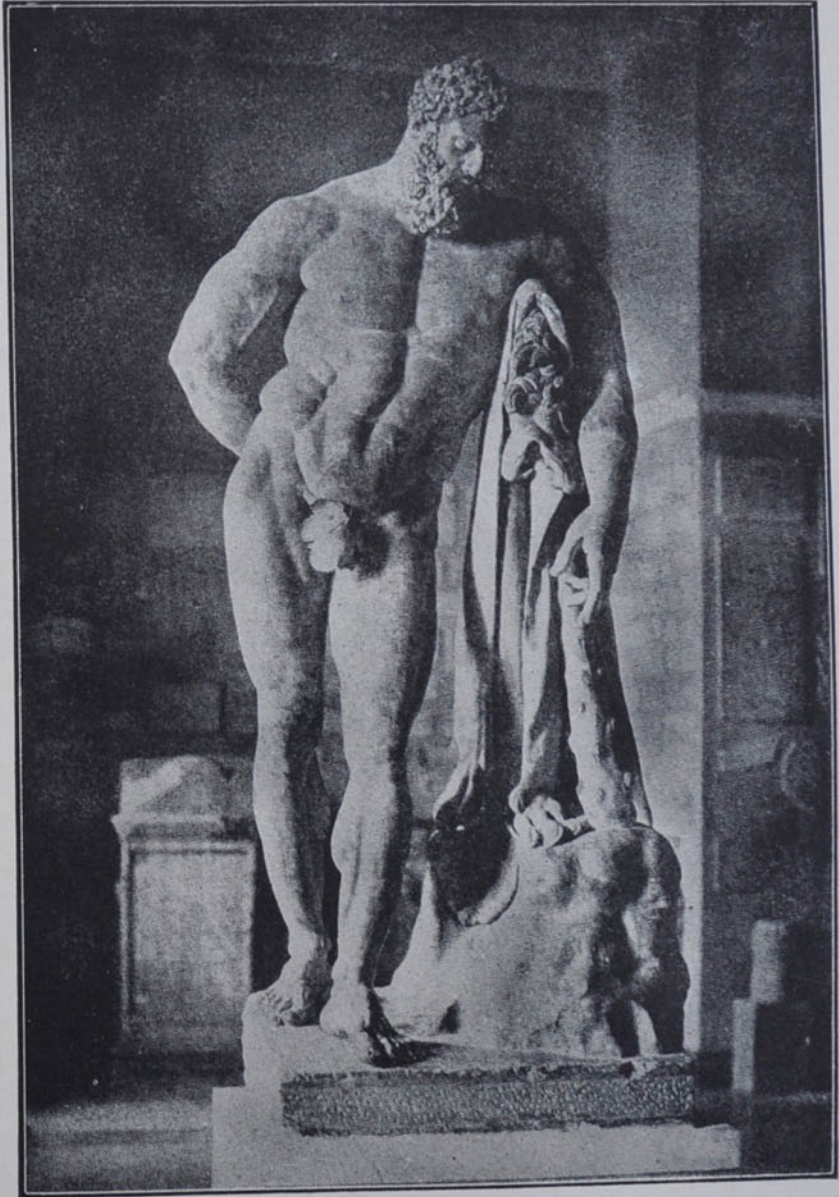
El último aspecto del trabajo pindárico que reclama nuestra atención es uno de los más interesantes : la relación que guarda con la epopeya y con el drama. Los escasos trozos que de Estesícoro nos quedan, no menos que las noticias suyas legadas á la posteridad por los antiguos, dan á entender que su modo de tratar las fábulas heroicas, aunque era lírico en la forma, era en el fondo distintamente épico ; esto es, principalmente estaba tejido de largas narraciones. La más épica de todas las odas pindáricas es la cuarta oda pitia, donde narra la historia de los Argonautas. De los doscientos noventa y nueve versos de que consta, cerca de un centenar se dedican á la narración de la historia argonauta, no contando la profecía de Medea que está añadida á ella. Si aquí, donde el método pindárico se aproxima más á la epopeya, se compara con el épico, se verá que existen dos diferencias principales. Primeramente, presenta algunos momentos particulares de la historia, escenas aisladas ó episodios, con una viveza que sobrepuja á la narración épica. Consigue esto por la tersa brillantez de su estilo, el cual es con frecuencia maravillosamente pintoresco, y por trozos cortos de conversación directa que sirven para dar un carácter dramático á los interlocutores.

¿Qué podía haber más gráfico, por ejemplo, que la pintura del joven Jasón cuando apareció súbitamente en el mercado de Yolcos, vistiendo el ajustado traje de cazador de los bosques de Magnesia, con una piel de leopardo encima, mientras que su larga y brillante cabellera le colgaba por la espalda? «El fué, y se presentó en el mercado cuando la multitud era mayor, poniendo á prueba su ánimo impertérrito.» Ellos no sabían quién era, pero algunos de los más temerosos dijeron : «Seguramente que éste no es Apolo, no ; ni tampoco el esposo de Afrodita, el del bronceado carro ; y además se dice que los hijos de Ifimedeia tienen sus tumbas en la ilustre Naxos, aun Otus, y tú, ¡ oh audaz rey Efiates ! Más todavía ; Titios ha sucumbido á las veloces flechas de Artemis, despedidas de su invencible arco, para que los mortales no deseen amores fuera de su alcance.» Así se hablaban unos á otros. ¡ Qué viva es también la pintura que hace al zarpar la nave Argos, de Yolcos, con su tripulación de héroes, y Jasón en la popa, levada el ancla, derrama su libación á Júpiter ! «El jefe tomó una dorada copa en sus manos é invocó á Júpiter, cuya lanza es el rayo ; y á la precipitada fuerza de las olas y los vientos y á las noches y á los senderos del mar ; y pidió venturosos

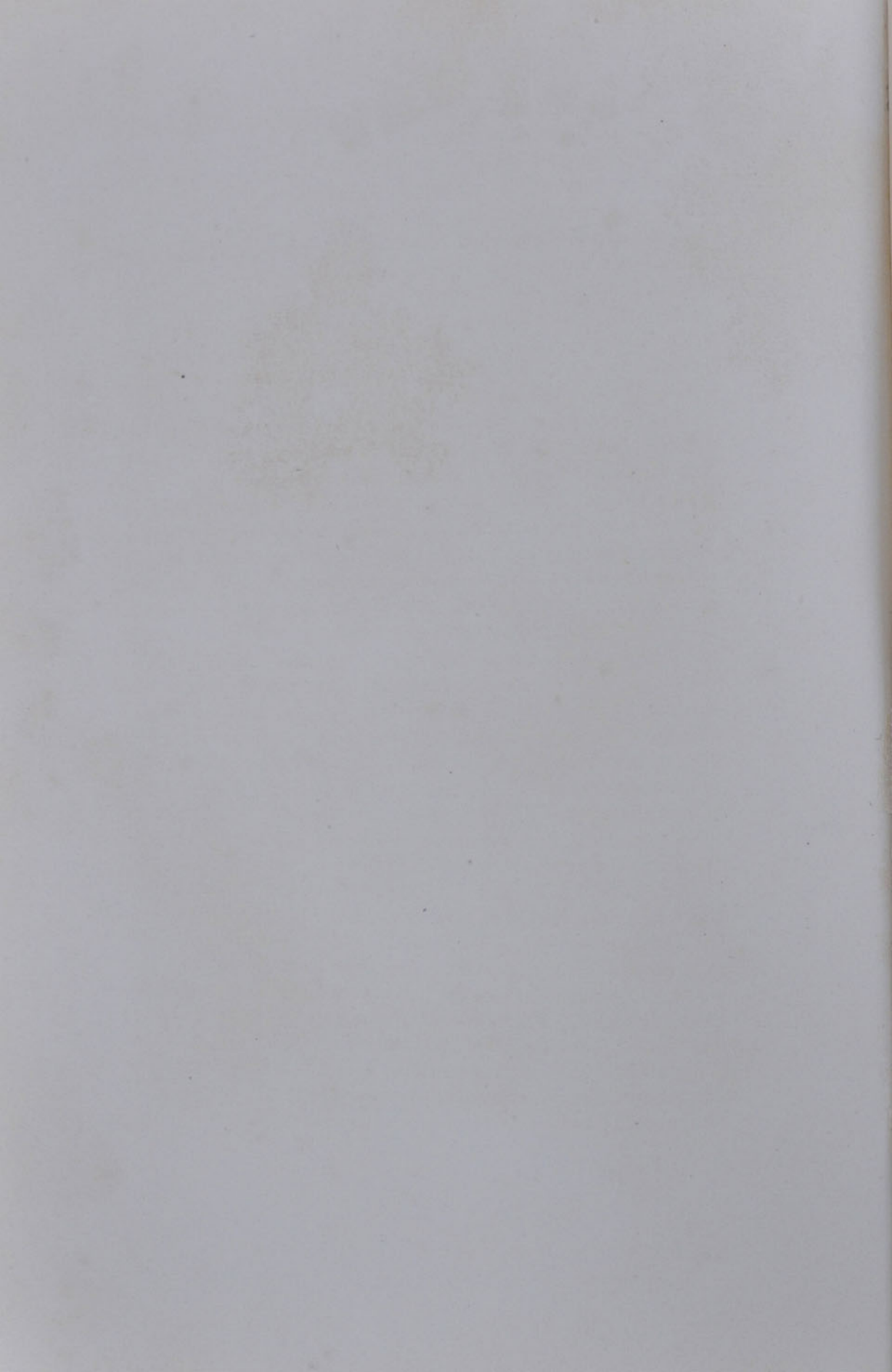
»días y fortuna amiga para el regreso. Entonces tronaron favorablemente los cielos respondiendo desde las nubes, y relucientes centellas los rasgaron; y los héroes sintiéronse confortados, dando fe á las señales del dios.»

Por consiguiente, aquí, el distintivo de Píndaro es la fuerza con que dibuja ciertos momentos de la narración. El segundo es la ligereza con que se desliza sobre aquellas partes de la historia que no le conviene describir. Después de la descripción del joven Jasón arando con el temido buey de Eetes, y de cómo se le mostró el sitio donde el dragón guardaba el vellocino de oro, Píndaro corta así la historia: «Es demasiado para mí caminar por vía tan trillada; mas, ya sé un atajo: he enseñado á muchos el poema.» Después, de repente apostrofa al príncipe Arcesilas, á quien va dedicada la oda, y le dice solamente en cuatro líneas, cómo mató Jasón al dragón, conquistó el vellocino, y retornó á su patria con Medea y sus camaradas.

Examínese asimismo la descripción de Hércules que, joven aún, estrangula las serpientes enviadas por Hera á su cuna para que le destruyesen juntamente con su hermano Yolao. Al aparecer las serpientes hay un pánico general: las sirvientas de Alcmena están distraídas; los guerreros entran precipitadamente con las espadas desnudas. Pero, ¡oh sorpresa! «el niño Hércules levantó la cabeza y empezó á luchar: había cogido en su fuerte puño á las serpientes por el cuello, y como él las estrangulaba, un poco de tiempo bastó para arrancar el espíritu de sus monstruosas formas.» Entonces Anfitrion envía por el vidente Teiresias, el cual profetiza el gran porvenir del niño: «cuántas formas y maneras ilegales de violencia destruiría por tierra y mar; cómo daría muerte á los hombres más odiosos que caminan en dolo é insolencia; y cómo, por fin, por premio de estos trabajos, recibiría á la hermosa Hebe por esposa y celebraría sus bodas en la mansión de Júpiter, recreadísimo en aquella divina morada.» Toda la pintura de esta escena en torno de la cuna es magistral: los espectadores, aterrorizados primero; después, rebotando alegre admiración, y el vidente con tranquila y sublime presciencia. No es menos admirable la escena tomada de los últimos días de Hércules, cuando siendo él huésped de Telamón en Egina, pide á su padre divino acceda á los deseos de su hospedador: «Entonces Hércules extendió al cielo sus invencibles manos y habló así: «¡Oh padre Júpiter!, si siempre has oído



Hércules.

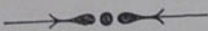


» mis plegarias con bondadoso corazón, te suplico ahora, aún
» ahora, con todo encarecimiento, des á este hombre un hijo va-
» liente de Eribea, un hijo, fuerte de cuerpo como la piel de león
» que flota en torno de mi cuerpo, despojo de la fiera que maté en
» Nemea, hace tiempo, cuando llevé á cabo el primero de mis tra-
» bajos : haz también que tenga un alma semejante.» Cuando Hér-
cules hubo hablado de esta manera, el dios envió al rey de las
aves, un águila, y un dulce estremecimiento corrió por el héroe,
quien habló como habla un profeta : «Telamón, tú tendrás el hijo
» que deseas, y según el nombre del ave que ha aparecido, le lla-
» marás Ajax ; su poder será grande, y será terrible en las luchas
» de las guerreras huestes.»

No perdamos de vista que el lugar de estas descripciones es las Odas de la Victoria. Ninguna otra forma del poema griego, estaba tan ligada con las energías del presente : el verso pindárico palpita con todas aquellas pulsaciones de la vida helena, vivificadas por las solemnes festividades. Cuando los héroes pasados tenían cabida en tales odas ; cuando éstas estaban compuestas como las escribía Píndaro, para que se representasen á la imaginación en hechos y palabras, entonces el carácter mismo del poema daba á tales personajes una nueva vida. Podía haber algún implicado paralelismo entre el héroe antiguo y el vencedor viviente, ó la asociación podía reducirse á que ambos habían sido celebrados en la misma oda coral ; pero en uno y otro caso, la yuxtaposición poética producía un doble efecto : arrojaba un resplandor ideal sobre el vencedor viviente, é investía de paso al héroe legendario con una nueva realidad. El héroe era traído de nuevo al interés de la vida actual, y los que escuchaban una oda coral de Píndaro, teniendo presente ante sus ojos el vencedor á quien celebraba, concebían una más viva idea de su heroico prototipo.

Así, la poesía lírica de Píndaro presenta una nueva vitalidad á la tradición épica. Esta viva simpatía por la acción heroica, estimulada por las luchas del presente, y aun levantada sobre ella, es la misma que recibe su final expresión en el drama ático. Antes de que cesasen los días de Píndaro, ya había desaparecido Esquilo ; Sófocles y Eurípides fueron los nacientes maestros de la tragedia. Fácilmente se podría llamar á engaño quien exagerase la afinidad de su labor con las obras de Píndaro. Pero en el sentido en que hemos hablado, existe una verdadera afinidad. Píndaro, el más grande de los líricos griegos, el más maravilloso, qui-

zás, en los más sublimes arranques y en el supremo poder que puede ostentar la poesía lírica de cualquiera edad, tiene derecho á la inmortalidad, por el estricto y absoluto mérito de sus obras ; pero para la literatura griega tiene también el relativo interés de presentar los héroes épicos bajo una nueva luz, que ni es el lejano, aunque claro fulgor de una hermosa puesta de sol, derramado sobre ellos por las canciones del trovador en el palacio de Alcino, ni el penetrante resplandor meridional con que aparecían envueltos en el teatro de Dioniso.



ODA OLÍMPICA

DE PÍNDARO

(Traducción de Fray Luis de León.)

PÍNDARO.—Nació hacia el año 522 antes de Cristo ; murió hacia el año 442 antes de Cristo. El más grande de los líricos griegos recibió las lecciones de la poetisa Corina, y contendió después con ella en los certámenes poéticos. De todas sus composiciones, sólo han llegado á nosotros las *Odas triunfales ó Epinicia*, en la que canta á los atletas vencedores en los juegos públicos, y que se dividen, según sean estos últimos, en *Olimpicas, Píticas, Nemeas é Istmicas*.

El agua es bien precioso,
 Y entre el rico tesoro
 Como el ardiente fuego en noche oscura,
 Así relumbra el oro ;
 Mas, alma, si es sabroso
 Cantar de las contiendas la ventura,
 Así como en la altura
 No hay rayo más luciente
 Que el sol, que, rey del día,
 Por todo el yermo cielo se demuestra ;
 Así es más excelente
 La olímpica porfía
 De todas las que canta la voz nuestra.
 Es materia abundante,
 Donde todo elegante
 Ingenio alza la voz, ora cantando
 De Bea y de Saturno el engendrado,
 Y juntamente entrando
 Al techo de Hierón altopreciado.
 Hierón, el que mantiene
 El cetro merecido
 Del abundoso cielo siciliano

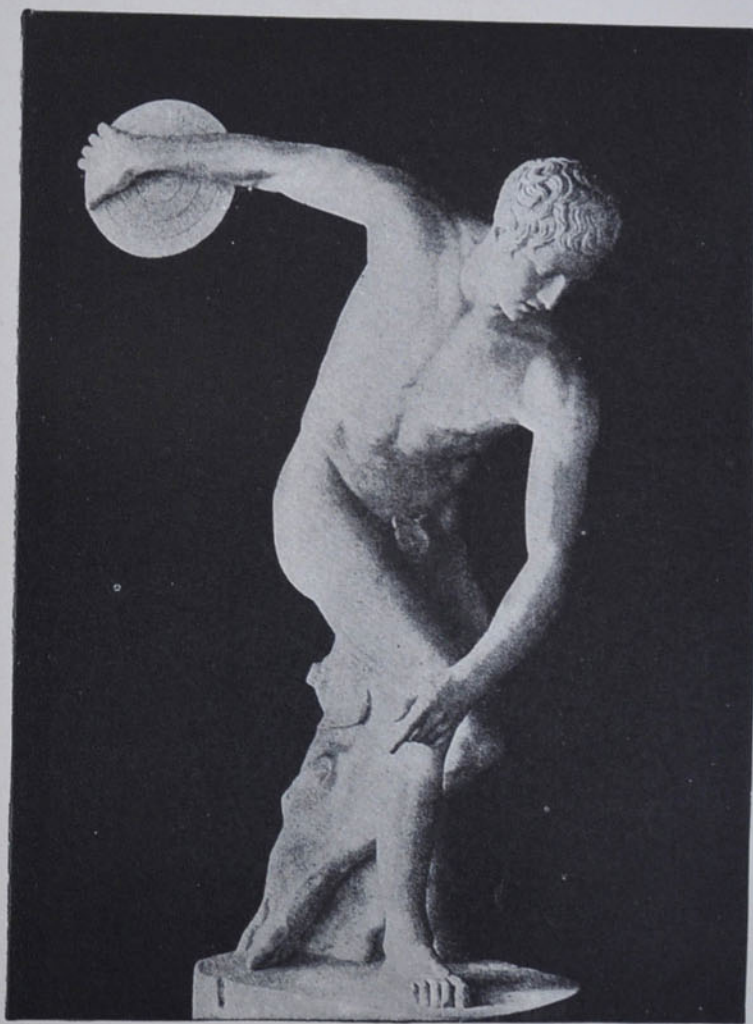
Y dentro en sí cogido
Lo bueno y la flor tiene
De cuanto valor cabe en pecho humano ;
Y con maestra mano
Discanta señalado
En la más dulce parte
Del canto, la que infunde más contento,
Y en el banquete amado
Mayor dulzor reparte.
Mas toma ya el laúd, si el sentimiento
Con dulces fantasías
Te colma y alegrías
La gracia de Fernico, el que en Alfeo
Volando sin espuela en la carrera,
Y venciendo el deseo
Del amo, le cobró la voz primera.
Del amo glorioso
En la caballería,
Que en Siracusa tiene el principado,
Y rayos de sí envía
Su gloria en el famoso
Lugar que fué por Pélope fundado ;
Por Pélope, que, amado
Fué ya del gran Neptuno,
Luego que á ver el cielo
La Cloto le produjo, relumbrando
En blanco marfil uno
De sus hombros, al suelo
Con la extrañez jamás vista admirado.
¡Ay espantosos hechos !
Y en los humanos pechos,
Más que ni la verdad desafeitada,
La fábula, con lengua artificiosa
Y dulce fabricada,
Para lanzar su engaño es poderosa.
Merced de la poesía,
Que es la fabricadora
De todo lo que es dulce á los oídos,
Y así lo enniela y dora,
Que hace cada día
Los casos no creíbles ser creídos ;
Mas los días nacidos
Después ven el engaño.
Lo que al hombre conviene
Es fingir de los dioses lo que es dino ;
Siquiera es menor daño.

Por donde á mí me viene
 Al ánimo cantar de ti, divino
 Tantalides, diverso
 De lo que canta el verso
 De los antepasados, y es, que habiendo
 A los dioses tu padre combinado,
 Y en Sípilo comiendo,
 Neptuno te robó, de amor forzado.
 Domóle amor el pecho,
 Y en carro reluciente
 Te puso adonde mora el Jove magno,
 A do en la edad siguiente
 Vino el saturnio lecho
 En vuelo el Ganimedes soberano.
 Mas como el ojo humano
 Huíste, y mil mortales,
 Que luengo te buscaron,
 A tu llorosa madre no trajeron
 Ni rastro ni señales;
 Por tanto, no faltaron
 Vecinos envidiosos que dijeron
 Que por cruel manera
 En ferviente caldera
 Los dioses te cocieron, y traído
 A la mesa de esta arte,
 Entre ellos te comieron repartido.
 Mas tengo por locura
 Hacer del vientre esclavo
 A celestial alguno, y carnicero.
 Yo al fin mis manos lavo,
 Que de la desmesura
 El daño y el desastre es compañero;
 Y más que de primero
 El Tántalo fué amado
 De los gobernadores
 Del cielo, si lo fué ya algún terreno.
 Bien que al amontonado
 Tesoro de favores
 No le bastando el pecho, de relleno,
 Rompió en un daño fiero,
 Que el Júpiter severo
 Lo sujetó á la peña caediza;
 Y así, el huir que siempre fantasea,
 Y el miedo que le atiza,
 Ajénanle de cuanto se desea.
 Y de favor desnudo,

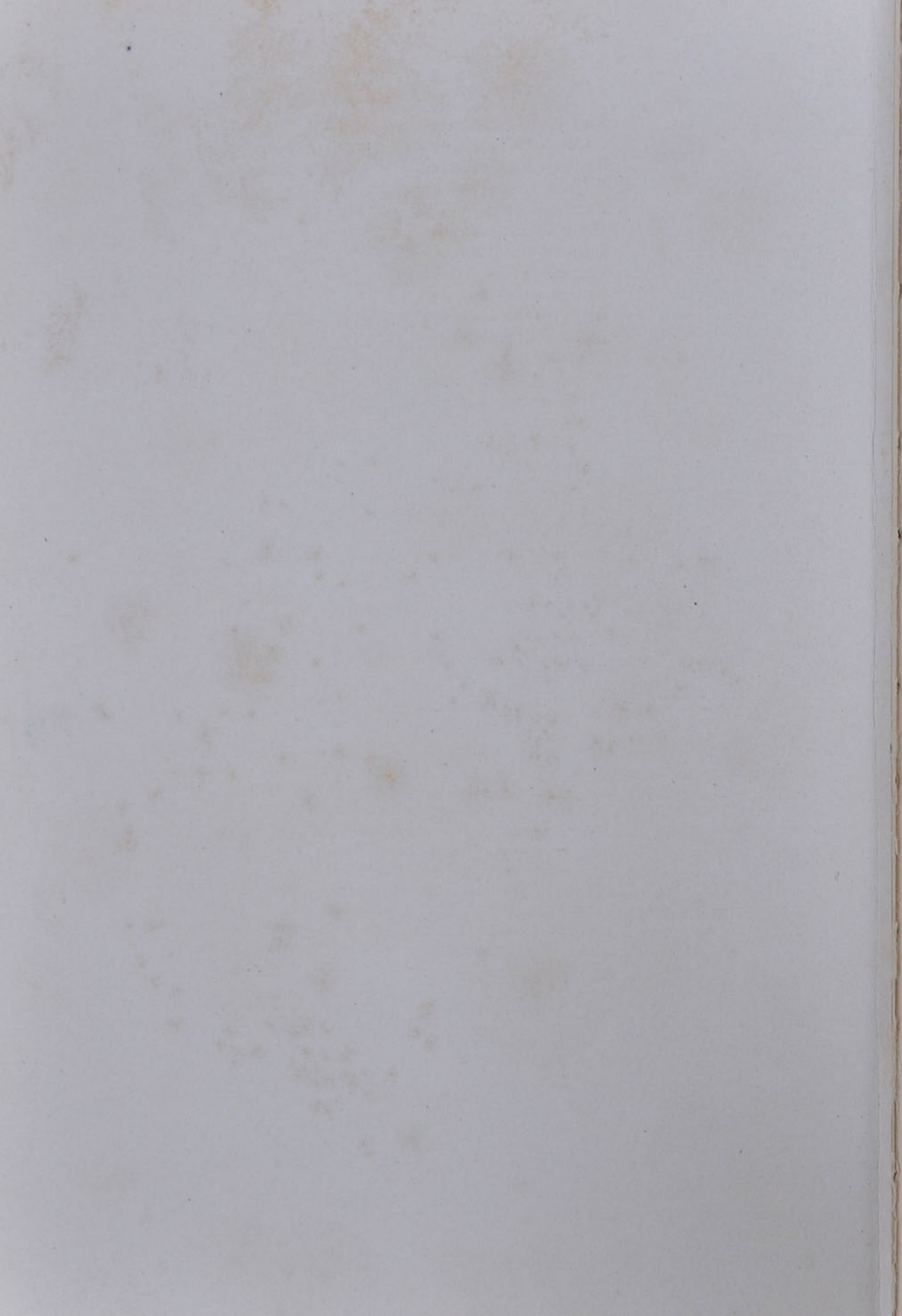
Padece otros tres males
 Demás deste mal crudo ; porque osada
 Mente dió á sus iguales
 La ambrosía que no pudo,
 Y el néctar de los dioses colocada
 Tienen su bienhadada
 Y no finible vida.
 Mas, ¡ cuánto es loco y ciego
 Quien fía de encubrir su hecho al cielo !
 Después de esta caída,
 También el hijo luego
 Tornaron al lloroso y mortal suelo ;
 Y como le apuntaba
 La barba ya, y estaba
 El mozo en su vigor y florecía,
 Al rico y generoso casamiento
 Que entonces se ofrecía,
 El ánimo aplica y pensamiento.
 Ardiendo, pues, desea
 A la Ipodamía,
 Del claro Pisadón ilustre planta ;
 Ya de la mar batía,
 Cuando la noche afea
 Al mundo, sólo busca al que quebranta
 Las ondas y levanta ;
 Al cual, que en continente
 Junto dél aparece,
 Le dice : « Si contigo aquel pasado
 »Tiempo sabrosamente
 »Algo puede y merece,
 »Y si ya mi dulzor te vino en grado,
 »Enflaquece la mano
 »Y lanza del pisano
 »Y dadme la vitoria en Elis puesto,
 »Que á dilatar las bodas y concierto
 »El padre está dispuesto,
 »Dado que son ya trece los que han muerto.
 »Lo grande y peligroso
 »No es para el cobarde,
 »El alto y firme pecho lo presume ;
 »Y pues temprano ó tarde
 »Es el morir forzoso,
 »¿ Quién es el que sin nombre y vil consume,
 »Y en honda noche sume
 »El tiempo de la vida,
 »De toda prez ajeno ?

»Al fin estoy resuelto en esta empresa,
 »Y tuya es la salida
 »Y el dar suceso bueno».

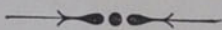
Y dicho esto calló, mas no fué aviesa
 De aquesta su requesta
 La divinal respuesta;
 Porque dándole nueva valentía,
 Le puso en carro de oro, en los mejores
 Caballos que tenía,
 Con alas no cansadas, voladores.
 Y así alcanzó vitoria,
 Y fué suya la virgen; y casados,
 De alto fecho y gloria,
 Seis príncipes, seis hijos engendrados
 Dejaron. Y pasados
 Los días, yace agora
 En tumba suntuosa
 A par del agua alfea,
 A par de la ara,
 De las que el mundo adora
 La más noble y gloriosa;
 Y hace que su nombre y fama clara
 Por mil partes se extienda
 La olímpica contienda
 Que se celebra allí, do el pie ligero,
 Do hacen las osadas fuerzas prueba;
 Y quien sale el primero,
 Dulcísimo descanso y gozo lleva
 Para toda la vida;
 Tanto es precioso y raro
 El premio que consigue, y siempre aviene
 Ser excelente y raro
 El bien que de avenida
 Y junto y en un día al hombre viene.
 Mas á mí me conviene
 Con alto y noble canto,
 Por más aventajado,
 En el veloz caballo coronarte,
 Hierón illustre. Y cuanto
 A todos en estado
 Vences y en claros hechos, celebrarte
 Tanto con más hermosas
 Y más artificiosas
 Canciones yo presumo. Vive y crece,
 Que Dios tiene á su cargo tu ventura.
 Y si no desfallece,



Lanzando el Disco.



Aun yo te cantaré con más dulzura.
 Cantarte hé vitorioso
 En voladora rueda ;
 Y Cronio, que hacia el sol contino mira,
 Para que tanto pueda,
 Me infundirá copioso
 Don de palabras vivas.
 Que en mí inspira
 Fortísima y me tira
 Ansí, hecha señora,
 La musa poderosa ;
 Que cada uno en uno se señala,
 Y todo al Rey adora.
 No busques mayor cosa ;
 Y el cielo que en lo alto de la escala
 Te puso, te sustente
 Allí continuamente ;
 Y yo de tan ilustre compañía
 Me vea de contino rodeado,
 Y claro en poesía,
 Por todo el griego suelo andar nombrado.



LOS JUEGOS OLÍMPICOS

POR JORGE EBERS

JORGE MORITZ EBERS.—Egiptólogo y novelista alemán ; nació en Berlín el 1.º de marzo de 1837. Recibió su educación en Göttingen y en Berlín, y durante algún tiempo se dedicó á dar conferencias en Iena. En 1870 fué nombrado profesor de arqueología egipcia, en Leipzig, dimitiendo este cargo en 1889 por motivos de salud. Además de varias obras importantes de egiptología, ha publicado una serie de novelas históricas que tratan de la vida en el antiguo Egipto, las cuales han gozado de extraordinaria popularidad, no tan sólo en Alemania, sino también en otros países. Las más conocidas son: *La Hija del Rey de Egipto*, *Uarda*, *Homo sum*, *Las dos hermanas*, *Serapis*, *La Novia del Nilo* y *Cleopatra*. Son asimismo populares las siguientes: *Al Fuego de la Forja*, *La Esposa del Burgomaestre* y *Gred*.

Aquí Aristómajos interrumpió al ateniense diciendo :

—Basta de elogios, amigo Fanés ; los espartanos no sabemos hablar, pero con obras te daré una respuesta acertada, siempre que creas llegado el caso.

Magalhaes.

15-VIII-11

Retd 25/7/11

Rodopis dirigió á ambos una sonrisa de aprobación y estrechándole la mano repuso :

—De tu relato, pobre Fanes, infiero, por desgracia, que no hay que pensar en la manera de que puedas permanecer en este país. No quiero censurarte de ligereza, pero podías saber que te exponías á grandes peligros por poca cosa. El hombre cuerdo y realmente valeroso, sólo acomete una empresa arriesgada cuando la utilidad que le puede reportar compensa los inconvenientes. La temeridad es tan mala, aunque no tan reprochable, como la cobardía ; las dos pueden perjudicar, aunque sola la última desdora. Tu ligereza por poco te cuesta la vida, preciosa á muchos, y que deberías guardar para fin más bello que el sucumbir á los embates de la estupidez. Es inútil intentar detenerte entre los otros, pues para ti no tendría ninguna ventaja y para nosotros podría ser peligroso. En tu lugar, este noble espartano, como jefe de los helenos defenderá en adelante nuestros intereses en la Corte, nos protegerá contra los desafueros de los sacerdotes y tratará de conservarnos el favor del rey. Tengo tu mano, Aristónajos, y no la soltaré hasta que no hayas prometido amparar, como hizo Fanes, cuanto te sea posible, al más pobre de los griegos contra la soberbia de los egipcios, dejando tu puesto antes que consentir quede impune el menor atropello sufrido por un griego. Somos unos pocos miles entre otros tantos millones de adversarios, pero tenemos grandeza de ánimo y debemos procurar ser fuertes con la unión. Hasta hoy los helenos domiciliados en Egipto se han portado como hermanos ; uno se sacrificaba por todos y todos por cada uno. Esta alianza nos hizo poderosos y debe conservar nuestro poder en el porvenir. ¡ Ah ! ¡ Si pudiésemos dar á la metrópoli y sus colonias la misma unión ! ¡ ah ! ¡ si olvidaran nuestras tribus su procedencia doria, jonia ó eolia para contentarse con el nombre de *helenos*, y vivir como los hijos de una misma familia, ó los carneros en el mismo redil, á fe que el mundo entero no nos podría resistir y Grecia fuera reconocida como reina por todas las naciones !

Los ojos de la anciana ardían al decir esto, el espartano le estrechó la mano con impetuosa vehemencia, y golpeando el suelo con su pierna de palo, exclamó :

—¡ Por Zeus lacedemonio, no dejaré atropellar á ningún heleno ! mas tú, Rodopis, serías digna de ser espartana.

—Y ateniense—añadió Fanes.

—Jonía—gritaron los milesios.

—Hija de Geomoro Samio—dijo el escultor.

—Soy más que todo esto—exclamó entusiasmada la señora ;
—soy mucho, muchísimo más : soy *helena*.

Todos quedaron absortos, sin que pudieran substraerse al entusiasmo general el sirio y el hebreo. Sólo el sibarita prosiguió imperturbable y observó con la boca llena :

—También eres digna de ser hija de Sibaris, pues tu vaca asada es la mejor que he comido desde que salí de Italia, y tu vino de Antila me agrada casi tanto como el del Vesubio y el Gios.

Todos soltaron la carcajada. Sólo el espartano echó al goloso una mirada de desprecio.

—¡ Salud y alegría !

Estas palabras, pronunciadas por una voz de bajo desconocida, penetraron de repente en la sala por la ventana abierta.

—Salud y alegría—contestaron á coro los reunidos, preguntándose y barruntando quién podía ser el tardío huésped.

—No tuvieron que esperar mucho al forastero. Antes que el sibarita pudiera paladear nuevo sorbo de vino, presentóse al lado de Rodopis un hombre alto y flaco, de unos sesenta años de edad, de cara oblonga, fina é inteligente : Kalías, hijo de Fénipos de Atenas.

El tardío huésped, uno de los más ricos de entre los desterrados de Atenas, que había comprado al Fisco los bienes de Pisistrato dos veces, y otras tantas los había perdido al regreso del tirano, miró á sus conocidos con claros é inteligentes ojos, y después de saludar, amistosamente, á cada uno, dijo :

—Si no me agradecéis en extremo mi venida de hoy, afirmo que se acabó la gratitud en el mundo.

—Mucho há, que te esperamos—contestó uno de los milesios.
—Tú eres el primero que va á darnos noticias de cómo pasaron los juegos olímpicos.

—No podíamos desear mejor mensajero que el antiguo vencedor—añadió Rodopis.

—Siéntate—dijo Fanés con impaciencia,—y cuéntanos breve y concisamente lo que sabes, amigo Kalías.

—En seguida, paisano mío — contestó éste. — Hace ya algún tiempo que he salido de Olimpia para embarcarme en Kengreas á bordo de una galera samia de cincuenta remos : el mejor barco

que jamás se ha construído. No extraño que ningún griego haya arribado á Naukratis antes que yo, pues tuvimos que sufrir tempestades crueles, y, difícilmente habríamos escapado vivos, á no tener construídos y tripulados con tanta perfección esos barcos samios, con sus gruesas barrigas, sus picos de ibis y sus colas de pez. Los demás que regresaron, habrán ido á parar quién sabe dónde; nosotros, empero, logramos refugiarnos en el puerto de Samos, y pudimos volver á partir al cabo de diez días.

Cuando, por fin, hubimos entrado en el Nilo esta madrugada, me metí en seguida en mi barca, y Bóreas, para mostrarme, al menos, al término del viaje, que sigue queriendo á su viejo Kalías, me ha llevado tan aprisa, que hace poco divisé la más grata morada de este país. Vi la bandera izada, las ventanas iluminadas y abiertas de par en par, y estuve dudando si debía entrar ó no; mas no pude resistir á tu atractivo, querida Rodopis, y me hubiera oprimido además el peso de las nuevas que traigo, á nadie contadas todavía, si no llego á apearne para comunicaros, entre un pedazo de asado y una copa de vino, cosas que jamás imaginaríaís.

Kalías se echó cómodamente en uno de los lechos, y antes de empezar su narración presentó á Rodopis un magnífico brazalete de oro, representando una culebra, que había adquirido á buen precio en Samos, precisamente en la tienda del mismo Teodoro, á cuyo lado se sentaba en aquel instante.

—Esto lo traigo para ti—dijo á la contentísima anciana,—y para tí, amigo Fanes, reservo algo mejor aún. Adivina quién ganó el premio de la carrera de cuadrigas.

—¿Un ateniense?—preguntó Fanes con las mejillas encendidas, pues cada victoria olímpica pertenecía á todo el pueblo del vencedor, y el ramo de olivo olímpico era la mayor honra y dicha que podía alcanzar un hombre griego ó una tribu helénica entera.

—Acércate, Fanes—respondió el mensajero con júbilo:—un ateniense obtuvo el primer premio. Más aún; el vencedor es tu primo Kimon, hijo de Kipselos, hermano de aquel Milciades que hace nueve olimpiadas les granjeó el mismo honor. Sí, tu primo es quien venció, con los mismos caballos que le dieron la victoria en la pasada fiesta. En verdad que los filaidos obscurecen cada vez más la gloria alkmeónida. La de tu familia, Fanes, ¿no te satisface y causa orgullo?

Este, rebosando contento, se levantó ; parecía haber crecido de repente la medida de una cabeza. Con indecible orgullo y gravedad ofreció la mano al mensajero de la victoria, el cual abrazando á su paisano continuó :

—Sí, Fanes : podemos estar orgullosos y contentos, y tú más que todos, porque después que el tribunal hubo discernido por unanimidad el premio á Kimón, éste mandó pregonar como posesor de la soberbia cuadriga, y por ende vencedor, al tirano Pisístrato, que, inmediatamente, ordenó anunciar en público que vuestra familia puede regresar á Atenas, y así te espera también á ti el por tanto tiempo anhelado regreso á la patria.

Al oír esto, el ardor de la alegría desapareció del rostro del jefe, y la orgullosa altivez de sus miradas trocóse en cólera, cuando dijo :

—¿Alegrarme, necio Kalías? Llorar quisiera, cuando pienso que un descendiente de Ajax pudo tan ignominiosamente depouer á los pies del tirano la merecida gloria. ¿Volver á la patria? ¡ Ah, juro por Átene, por el padre Zeus y por Apolo, que prefiero morir de hambre en país extranjero, á pisar el suelo de la patria, mientras esté esclavizada por el pisistrátido. Libre soy, como el águila de las nubes, después de dejar el servicio de Amasis ; pero más quisiera ser el hambriento esclavo de un labriego miserable en el extranjero, que el primer servidor de Pisístrato en la patria. A nosotros, á la nobleza, nos pertenece el mando de Atenas ; colocando su corona á los pies de Pisístrato, Kimón ha besado el cetro del tirano y se ha impuesto el sello del esclavo. A mí, Fanes, nada me importa la gracia del tirano. Lo diré yo mismo á Kimón ; quiero permanecer desterrado hasta que mi patria sea libre, y la nobleza y el pueblo vuelvan á gobernarse á sí mismos por leyes de ellos emanadas. Fanes no prestará homenaje al opresor aun cuando mil Kimones y los alkmeónidas, unidos todos, incluso el último hombre, aun cuando tu propia familia, Kalías, los ricos Dadujos, se echen á los pies de Pisístrato.

Con miradas de fuego observó el ateniense á la reunión, pero, también el viejo Kalías la contempló radiante de amor propio y de orgullo, como para decir á cada uno.—«¿Veis, amigos? Tales hombres produce mi glorioso país.»—Luego, cogió de nuevo la mano de Fanes y dijo :

—Como á ti, amigo mío, á mí me es odioso el tirano ; mas no puede dejar de convencerme de que mientras viva Pisístrato, será

poco menos que imposible derrocar la tiranía. Sus aliados, Ligdamis de Naxos y Polikrates de Samos, son poderosos; y más peligrosas aún, para nuestra libertad, la moderación y la prudencia del mismo Pisistrato. Con terror he visto, durante mi actual permanencia en la Hélada, que la masa del pueblo de Atenas venera, cual padre, á su opresor. A pesar de su potestad de cambiarlo todo, dejó de subsistir la constitución de Solón. Adorna la ciudad con edificios magníficos. El nuevo templo de Zeus, que están construyendo con espléndido mármol Kalaisjros, Antístates y Porinos, á los que tú debes conocer, Teodoro, dicen que sobrepuja á las anteriores obras arquitectónicas de los helenos. Sabe atraer á Atenas artistas y poetas de todo género; hace escribir los cantos de Homero y coleccionar y ordenar por Onomákritos las sentencias de Museos. Mandó construir nuevas calles é instituye fiestas nuevas. El comercio florece bajo su cetro, y la prosperidad del pueblo, á pesar de las contribuciones que le impone, lejos de disminuir, parece aumentar. ¿Y qué es el pueblo? turba vil que, como enjambre de moscas, se dirige hacia cuanto brilla, y aunque se queme las alas no cesa de revolotear en torno de la luz ardiendo; mas te juro, Fanés, que en cuanto se apague la antorcha de Pisistrato, la voluble muchedumbre no acogerá menos solícita á la nobleza de retorno y su nueva luz del mismo modo que ahora acoge al tirano. Otro apretón, legítimo descendiente de Ajax—continuó.

Decía que en la carrera de carruajes venció Kimón, quien regaló su ramo de olivo á Pisistrato. No vi en mi vida cuatro caballos más hermosos que los suyos. También Arkesilaos de Kirene, Kleostenes de Epidamnos, Aster de Síbaris, Hekateos de Mileto y muchos otros habían enviado preciosas cuadrigas á Olimpia. En general, esta vez los juegos fueron más que espléndidos. Toda la Hélada mandó representantes. Roda, la ciudad de los ardeatas en la lejana Iberia, la rica Tartesos, Sínope en el remoto Oriente del Pontos, todo pueblo, en fin, que blasona de procedencia helénica, estuvo dignamente representado. Los sibaritas mandaron diputados de una esplendidez verdaderamente deslumbradora; los de Esparta, simples ciudadanos, bellos como Aquiles y vigorosos como Hércules; los atenienses se distinguían por la agilidad de sus miembros y la gracia de su porte: al frente de los crotoniatas se presentó Milón, el hombre más fuerte que nació de madre; los samios y milesios rivalizaban en lujo y boato con

los corintios y mitilenios ; la flor de la juventud helénica estaba allí reunida, y entre los espectadores, hombres de todas edades, clases y tribus, veíanse muchas lindas jóvenes, las más de ellas espartanas, llegadas á Olimpia para animar con su aplauso los juegos. A la otra orilla del río Alfeos se hallaba el mercado donde hubieras podido ver comerciantes de todos los países del mundo ; griegos, cartagineses, sirios, frigios y fenicios regateros negociaban al por mayor ó vendían sus mercancías en tiendas y barracas. ¿Cómo describir el oleaje de la compacta multitud, los resonantes coros, las humeantes hecatombes, los abigarrados trajes, los preciosos carros y caballos, la jerigonza de diversos dialectos, las aclamaciones de antiguos amigos que volvían á verse tras largos años de ausencia, el esplendor de los diputados, el bullicio de espectadores y mercaderes ? ¿Quién podrá pintar el animado espectáculo de los palcos repletos y la atención con que seguían todos el curso de los juegos, el inmenso júbilo sucediendo á la victoria y la solemne adjudicación del ramo que un niño de Elis, cuyos padres vivan, corta con el cuchillo de oro del sagrado olivo de la Altis plantado hace siglos por el mismo Hércules ? ¿Quién dirá la interminable gritería y los aplausos que resonaron en el estadio como el trueno, cuando se presentó Milón de Crotona, paseando en hombros la propia estatua de Altis fundida en bronce por Dámeas, sin que le temblasen las rodillas ? A un gigante aplastara el peso del metal, y Milón lo llevó como á un muchacho una niña lacedemonia.

Después de Kimón, las más bellas coronas las obtuvieron los dos hermanos, Lisandro y Marón de Esparta, hijos de un noble desterrado, llamado Aristómajos. Marón venció en la carrera, y Lisandro, con aplauso de los espectadores, se presentó á luchar con Milón, el irresistible vencedor de Pisa, de los píticos y de los ístmicos. Milón era más alto y más robusto que el espartano, cuya figura se parecía á la de Apolo, y cuya adolescencia indicaba que apenas había salido de la vigilancia del *pedonomos*.

Bellos y desnudos, reluciendo con el dorado aceite con que untaron sus cuerpos, se hallaron cara á cara el mancebo y el hombre, semejantes á una pantera y un león que se aprestan á la lucha. El joven Lisandro elevó al cielo las suplicantes manos y exclamó :

—Por mi padre, por mi honor y por la gloria de Esparta.

El crotoniata, en cambio, contempló al joven con sonrisa de

compasión y superioridad, como se sonríe el gastrónomo antes de partir la cáscara de una langosta. Luego, empezó la lucha.

Por largo rato ninguno de los dos combatientes logró sujetar al otro. Con fuerza casi irresistible, arremetió el crotoniata contra su adversario, pero éste se deslizaba de las manos de hierro del atleta como una culebra. Mucho tiempo forcejearon para asirse. La inmensa muchedumbre presenciaba el espectáculo muda, sin respirar. Sólo se sentía la anhelosa respiración de los luchadores y el gorjeo de los pájaros en el bosque de Altis. Por fin, el joven, con el más ágil movimiento que vi en mi vida, abraza á su adversario. En balde Milón forcejea para libertarse de los vigorosos brazos del adolescente. El sudor producido por su gigantesco esfuerzo, riega copioso la arena del estadio. Iba creciendo la expectación del público; de cada vez eran menos frecuentes las aclamaciones para alentarles, más profundo el silencio, más estertorosa la respiración de los luchadores. Por fin flaquea el mancebo, resuenan mil voces animándole, y él, con sobrehumano esfuerzo, concentra por última vez todo su vigor para derribar al crotoniata; pero éste, aprovechando aquel instante de desfallecimiento, le estrecha entre sus brazos con irresistible fuerza. De súbito, el joven arroja por la boca á borbotones un chorro de sangre negra, y se desprende de los cansados brazos del gigante para caer exánime al suelo. Luego, acudió Demokes, el médico más renombrado de nuestra época, conocido sin duda de vosotros los samios, porque estuvo en la corte de Políkrates; pero todos los auxilios del arte fueron inútiles. El muchacho había muerto.

Milón hubo de renunciar á la corona y la gloria de aquel joven resonará por todos los ámbitos de Grecia. En verdad que yo mismo preferiría haber muerto como Lisandro, hijo de Aristómajos, á vivir como Kalías que envejece sin gloria en extranjera tierra. Grecia entera, representada por sus mejores ciudadanos, acompañó el bello cadáver del joven á la hoguera, y su estatua será colocada en el Altis, al lado de las de Milón y de Praxidamus de Egina. Por último, los heraldos proclamaron el fallo de los jueces. Esparta obtendrá una corona tributada al difunto, porque no fué Milón sino la muerte quien venció al noble Lisandro, y el que sale invicto de una lucha de dos horas con el más fuerte de los griegos, merece en rigor el ramo de olivo.

Kalías calló un instante.

Durante la narración de aquellos sucesos, gratos á todo helesno, aquel hombre de imaginación viva olvidó á sus oyentes. Fijos los ojos en el vacío, fué evocando en su memoria las imágenes de los luchadores, y ahora, como mirase en torno suyo, observó, con extrañeza, que el hombre cano, de piernas de palo, que ya llamó su atención sin conocerle, ocultaba el rostro entre las manos y lloraba á lágrima viva. Tenía á su derecha á Rodopis, y á su izquierda á Fanés. Todos los presentes miraban al espartano como si fuera el héroe de la narración de Kálías.

El discreto ateniense comprendió, en seguida, que el anciano debía estar en íntima relación con alguno de los vencedores olímpicos; mas cuando supo que era el mismo Aristómajos, padre de los laureados hermanos de Esparta, cuyas bellas formas flotaban aún ante sus ojos con apariciones del Olimpo, entonces contempló también con envidiosa admiración al sollozante viejo, y una lágrima asomó á sus párpados sin que intentara reprimirla. En aquellos tiempos lloraban los hombres siempre que esperaban alivio del bálsamo de las lágrimas. Así, vemos llorar á los robustos héroes de júbilo ó de cólera en toda ocasión y en toda angustia, al paso que el niño espartano, para granjearse elogios, se deja azotar en el templo de Artemis Ortia, sin que exhale un solo quejido, aunque llagen su cuerpo los azotes, y le causen á veces la muerte. Por largo rato permanecieron mudos los presentes, respetando el dolor del anciano, hasta que Jesua el israelita interrumpió el silencio diciendo en mal griego:

—¡Hártate de llorar, espartano! Ya sé lo que es perder un hijo. Once años ha, tuve que dar sepultura á un hermoso niño en país extranjero, y cabe las aguas de Babel, donde gemía en cautiverio mi pueblo. A vivir un año más el hijo de mi alma, hubiéramos podido enterrarle en el sepulcro de sus padres. Mas Ciro, el persa (Jehová bendiga á sus descendientes), nos libertó tarde y lloró noblemente al hijo de mi corazón, porque su tumba fué cavada en la tierra de los enemigos de Israel. ¿Hay algo más cruel que ver bajar á la tumba antes que nosotros á nuestros hijos, nuestro más rico tesoro? Perdóname, Jehová. ¡Perder á un muchacho tan admirable como el tuyo en el punto en que conquistaba la gloria, será sin duda el mayor dolor que pueda sentirse!

El espartano descubrió el rostro, y, sonriendo entre lágrimas, contestó:

—Te engañas, fenicio : lloro de alegría, no de dolor. Ni había de sentir la pérdida de mi otro hijo, con tal que hubiese muerto como mi Lisandro.

El israelita, horrorizado por estas palabras, que le parecieron sacrílegas y contrarias á la naturaleza, limitóse á mover la cabeza en señal de desagrado. Los griegos, en cambio, colmaron de enhorabuena y parabienes al anciano, envidiosos de su dicha. Aristómajos parecía rejuvenecido de muchos años por la alegría, y dijo á Rodopis :

—Tu casa es ciertamente para mí, amiga mía, lugar de bendiciones ; desde que entré en ella, ésta es la segunda dádiva de los dioses que me cabe en suerte.

—¿Y cuál fué la primera?—preguntó la anciana.

—Un oráculo favorable.

—Olvidas la tercera—exclamó Fanes.—Hoy los dioses te han hecho conocer á Rodopis. Pero, ¿qué es eso del oráculo?

—¿Lo puedo comunicar á los amigos?—preguntó el delfio.

Aristómajos hizo una seña afirmativa con la cabeza, y Frixos leyó por segunda vez la respuesta de la pitia :

«Cuando un día la milicia descienda de las nevadas montañas á los campos del río que inunda la llanura, la tardía barca te llevará á la playa que otorga paz y morada al hombre errante. Cuando un día la milicia descienda de las elevadas montañas, el cinco decisivo te dará lo que te negó por mucho tiempo.»

Apenas oyó la última palabra, Kalías, el ateniense, levantóse con presteza y gracia y dijo :

—Vais á recibir de mí, en esta casa, el cuarto don, el cuarto regalo de los dioses. Sabed que he guardado para lo último la más rara noticia. Los persas vienen á Egipto.

Nadie permaneció en su puesto, excepto el sibarita.

Kalías se vió asediado á preguntas.

—Espacio, espacio, amigos—dijo al fin.—Si me interrumpís no acabaré nunca. Una embajada de Cambises, el poderoso rey actual de la omnipotente Persia—no un ejército como tu presumes, Fanes,—está en camino hacia aquí. En Samos supe que habían llegado ya á Mileto. Dentro de pocos días, sin duda, estarán entre nosotros. Unos parientes del rey y el viejo Creso de Lidia forman parte de la comitiva. Disfrutaremos del espectáculo de un lujo nunca visto. Nadie sabe el objeto de la expedición ; sólo se presume que el rey Cambises ofrecerá una alianza á Ama-

sis. Hasta se susurra que el gran monarca desea la mano de la hija de Faraón.

—¿Una alianza?—preguntó Fanés encogiéndose de hombros y manifestando su incredulidad.—Los persas dominan ahora medio mundo. Todas las grandes potencias del Asia están sometidas á su cetro; sólo Egipto y la metrópoli helénica se han librado de la conquista.

—Olvidas la aurífera India y los grandes pueblos nómadas del Asia—replicó Kalías.—Olvidas, además, que un Imperio tan complejo, compuesto de setenta naciones, cuyos idiomas y costumbres son diversos, lleva constantemente en sí mismo el germen de la guerra intestina, y tiene que precaverse contra las extranjeras, razón por la cual es difícil que las diferentes provincias no se aprovechen de la ausencia del ejército, como de una ocasión propicia para rebelarse. Pregunta á los milesios si permanecerían tranquilos sabiendo que las fuerzas de sus opresores han sido vencidas en alguna batalla.

Teopompos, el negociante de Mileto, interrumpió vivamente al orador:

—Cuando los persas sucumban en una guerra, cien otras la seguirán, y mi patria no será la última en levantarse contra el debilitado opresor.

—Sea cual fuere el propósito de los embajadores—continuó Kalías,—persisto en mi afirmación, de que estarán aquí dentro de tres días á más tardar.

—Y así se habrá cumplido tu oráculo, afortunado Aristómajos—dijo Rodopis.—La milicia de los montes no puede ser otra que los persas. Cuando éstos se aproximen á las playas del Nilo, los cinco directores, vuestros éforos, mudarán de designio y te llamarán aún padre de los vencedores olímpicos. Vuelve á llenar las copas, Knakías. Brindemos por los manes del glorioso Lisandro, y luego, aunque me pese, os haré notar que se acerca la mañana. Pero incumbe al huésped que aprecia á sus convidados, dar la señal de levantarse de la mesa, cuando llega á su colmo la alegría. El grato recuerdo sin resabio alguno, volverá á traeros pronto á esta casa; menos gustosos la frecuentaríais si tras el regocijo viniera el malestar.

Los convidados aplaudieron á Rodopis, á quien Ibikos calificó de digna discípula de Pitágoras, ensalzando la festiva y jovial animación de la velada.

Todos se dispusieron á salir, incluso el sibarita, que para ahogar la emoción, siempre molesta para él, había bebido con exceso. Con ayuda de sus esclavos, á quienes llamó para ello, dejó su cómoda posición, murmurando entre dientes que se faltaba á los deberes de la hospitalidad.

Cuando Rodopis, despidiéndole, quiso darle la mano, él, alterado por el vino, exclamó :

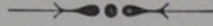
—Por Hércules, Rodopis, que nos echas de casa como si fuésemos importunos acreedores. No estoy acostumbrado á abandonar un convite, mientras pueda tenerme en pie, á menos que me echen como á un parásito.

—No quieres hacerte cargo, grandísimo beodo—decía Rodopis riendo y para disculparse.

Mas Filoínos, enojado por la broma de la huéspedea, soltó una carcajada, y medio borracho, tambaleándose en dirección á la puerta, interrumpió diciendo :

¿Con que, grandísimo beodo, me llamas... eh? Pues yo te llamo esclava impertinente. Por Dionisio, que todavía se echa de ver lo que has sido en tu juventud. Adiós, esclava de Jadmon y de Xantos, liberta de Járaxos...

No pudo acabar. El espartano se le echó encima, asestándole un tremendo puñetazo que le dejó sin sentido. Luego le llevó, como se lleva á un niño, á la barca, donde le aguardaban sus esclavos á la entrada del jardín.



A UNA NARIZ LARGA

Aun más que la vista, larga
 Su nariz Lícidas tiene.
 En vano sonarse Lícidas
 Cuando le es preciso puede.
 Para llegar hasta ella
 Su brazo es corto, y si viénenle
 Ganas de algún estornudo,
 Es tan lejano y tan tenue
 Para su oído el estruendo
 Que produce, has de creerme,
 Que su oído ni aun lo llega
 Á percibir, y sucede
 Que nadie á decirle acude:
 ¡Buena nariz! ¡Que aproveche!

LA TABLA DE CEBES

Andábamos al acaso paseando por el templo de Saturno, donde veíamos muchas y diversas memorias, y entre ellas había una tabla enfrente del templo, en que había una extraña pintura, que tenía muchas fábulas propias; las cuales no podíamos conjeturar qué eran, ni de dónde. Porque ni nos parecía que fuese ciudad la pintura, ni tampoco ejército; sino que había en ella un cercado que tenía dentro de sí otros dos cercados, el uno mayor y el otro más pequeño. En el primer cercado había una puerta, á cuya entrada parecía haber mucha gente. Dentro del cercado se veía una multitud de mujeres. Encima de la entrada de la primera puerta y del primer cercado estaba un viejo, que parecía dar orden á la multitud que entraba.

Estando, pues, nosotros maravillados de la significación de esta fábula un gran rato, se nos allegó un viejo, y nos dijo:

—No es cosa nueva, amigos, la que pasa por vosotros acerca de la duda de esta pintura. Porque aun de los mismos naturales son muy pocos los que saben lo que significa esta pintura. Porque no es esta memoria cosa de la ciudad; sino que en tiempos pasados arribó aquí un hombre extranjero, varón muy prudente, y que en sus palabras y obras mostraba ser muy sabio, y que seguía la vida de Pitágoras y Parménides, el cual consagró á Saturno este templo y también esta pintura.

—¿Conóceslo por ventura—dije yo,—ó vístelo tú al mismo hombre?

—Sí—dijo él,—y lo estimé en mucho, mucho tiempo. Porque siendo más mozo, disputaba conmigo muchas y muy buenas cosas; y particularmente acerca de esta pintura y su declaración le oí disputar muy muchas veces.

—Por amor de Dios, pues—le dije yo,—que si no tienes alguna grande ocupación, que nos lo cuentes, porque deseamos mucho saber qué fábula es ésta.

—De muy buena gana, amigos—dijo él;—pero hágoos saber que hay en ello cierto peligro.

—¿Qué peligro?—dije yo.

—Que si estuviereis atentos, y entendiereis lo que yo os diré, seréis prudentes y bienaventurados ; mas si no, quedaréis tontos, malaventurados, amargos, sin doctrina. Porque esta historia es semejante al enigma que la Esfinge proponía á los caminantes, que el que lo entendía pasaba libre, y el que no moría comido de la Esfinge : lo mismo pasa en este cuento. Porque la imprudencia es la Esfinge de los hombres, la cual les propone enigmas semejantes : qué es en la vida lo bueno, qué lo malo, qué ni bueno ni malo. Si esto, pues, no lo entendiere alguno, muere á manos de la imprudencia, no de una vez, como el que murió comido de la Esfinge, sino que casi en todo el discurso de su vida va pereciendo, como los que van condenados á galeras para siempre. Pero si uno lo entiende, sucede al revés, que la imprudencia queda muerta y él queda en salvo, y se hace dichoso y bienaventurado para todo el discurso de su vida. Vosotros, pues, estadme atentos, y no os distraigáis.

—¡ Oh, soberano Dios, y cuán gran deseo nos has puesto de entenderla, si eso pasa así !

—Pasa así realmente—dijo él.

—Pues prepárate á contárnoslo como á gente que estaremos atentos muy de propósito, pues tan grande es la pena y el peligro.

Tomando, pues, una vara en la mano, y enderezándola hacia la pintura :

—¿ Veis—dice,—este cercado ?

—Sí, vemos.

—Primeramente habéis de entender esto : que este lugar se llama la *Vida*, y que aquella multitud que está junto á la puerta son los que han de nacer ó venir á ella. El viejo que está en lo alto y tiene un papel en la mano y con la otra parece que está demostrando cierta cosa, éste se llama el *Buen Genio*, el cual les está advirtiendo á los que vienen á esta vida qué es lo que han de hacer después que en ella hayan entrado ; y les muestra por qué camino han de caminar, si se han de salvar en ella y no perderse.

—¿ Qué camino, pues—dije yo,—les manda que tomen, y de qué manera ?

—¿ No ves—dice,—una silla puesta junto de la puerta, en

aquel lugar por donde ha de pasar la multitud, en la cual está sentado un mancebo de muy buena manera, y que parece que persuade y que tiene en la mano un vaso?

—Ya lo veo; pero, ¿quién es?—le dije yo.

—Este—dice,—se llama el *Engaño*; y es el que engaña á todos los hombres.

—¿Pues qué es lo que éste hace?

—Da de beber de su vigor á todos los que entran en la vida.

—¿Y qué bebida es esa?

—El *Error*—dice,—y la *Ignorancia*.

—¿Qué se hace tras de eso?

—Después de haber bebido de esta bebida entran en la vida.

—¿Y beben todos del error?

—Todos beben—dice,—pero unos más y otros menos. ¿Pero no ves tras de esto dentro de la puerta una gran multitud de mujeres ramerías que tienen mil diferencias de rostros?

—Sí, veo.

—Estas, pues, se llaman las *Opiniones*, y las *Codicias* y los *Deleites*. Cuando entra, pues, la multitud, éstas corren luego allá, y se abrazan con cada uno; y luego se los llevan consigo.

—¿Y dónde se los llevan?

—Las unas adonde se salven—dice,—y las otras adonde se pierdan por medio del *Engaño*.

—¡Oh, maravilloso varón, y cuán peligrosa bebida nos cuentas!

—Pues todas ellas—dice,—prometen llevarlos á lo mejor, y á una vida bienaventurada y provechosa. Pero ellos, por la ignorancia y error que bebieron de mano del *Engaño*, no saben hallar cuál es el verdadero camino en la vida; sino que andan desatinados en vano, como ves, y siguiendo como alrededor á los que entraron primero donde éstas les enseñan.

—Ya veo todo eso—dije yo;—pero, ¿qué mujer es aquélla que aparece medio ciega y como loca, y está en pie encima de una piedra redonda?

—Esta—dice,—se llama la *Fortuna*, y es no solamente ciega, sino loca también y sorda.

—Y, pues, ésta ¿en qué entiende?

—En andar por acá y por allá—dice,—y en quitar á los

unos lo que tienen y darlo á otros, y en tornárselo luego á quitar á los mismos lo que les dió y dárselo á otros, sin razón alguna y sin constancia. Y así su seña demuestra muy bien su naturaleza.

—¿Cómo es eso?—dije yo.

—Porque está en pie sobre una piedra redonda.

—Y, pues, ¿qué significa eso?

—Que sus dones no son firmes ni seguros. Porque suceden grandes y muy fuertes quiebras cuando alguno fía mucho de ella.

—Y esta tanta multitud que está alrededor de ella, ¿qué pretende y cómo se llama?

—Estos se llaman *Malconsiderados*; y pide cada uno de ellos aquello que ella arroja.

—Pues ¿cómo no tienen todos una misma manera de semblante, sino que unos parece que están muy regocijados y otros muy triste, y extendiendo las palmas?

—Aquéllos—dice,—que parece que se alegran y se ríen, son los que han recibido algo de la fortuna. Estos la llaman *Buena fortuna*. Pero los otros que parece que lloran, y que extienden las palmas, son aquéllos á quienes les ha quitado lo que les había dado primero. Estos ya, al contrario, la llaman *Mala fortuna*.

—¿Qué manera, pues, de cosas son las que les da para que se alegren tanto los que las reciben, y lloren así los que las pierden?

—Todo eso—dice,—que al vulgo de los hombres les parece ser bienes.

—¿Y qué es eso? ¿Qué, sino riquezas, honra, nobleza, hijos, señoríos, reinos y todo lo demás que es de este jaez? Y pues, todas esas cosas, ¿no son bienes?

—De eso—dice,—después trataremos; estemos ahora en la declaración de la fábula.

—Sea en buen hora.

—¿No ves cómo, después de pasada esta puerta, hay más arriba otro cercado, y unas mujeres que están fuera del cercado muy afeitadas, como suelen afeitarse las rameras?

—Sí, veo.

—De éstas, pues, esta primera se llama la *Disolución*, ésta la *Prodigalidad*, esta otra la *Avaricia* y esta otra la *Lisonja*.

—¿Y qué hacen aquí éstas?

—Aguardan—dice,—á los que de la fortuna han recibido alguna cosa.

—Y después ¿qué hacen?

—Corren luego para ellos, y abrázanlos y lisonjéanlos, y ruéganles que queden allí en su compañía, diciéndoles que vivirán una vida sabrosa y sin trabajo y libre de toda fatiga. Si persuaden, pues, á alguno que se vaya tras aquella vida sabrosa, por algún tiempo parecele que aquella vida y trato es muy apacible, hasta haber cebado al hombre. De allí adelante ya no es así. Porque cuando vuelve á mirar por sí, entiende que él no ha comido, antes ella lo ha comido á él y lo ha afrentado. Y así, después de haber gastado todo cuanto recibió de la fortuna, queda forzado á servir á mujeres semejantes, y sufrir cosas fuertes é infames, y hacer por amor de ellas cosas muy perjudiciales, como son : robar, hacer sacrilegios, perjurar, hacer traiciones, saltar, con las demás cosas de este jaez. Cuando ya, pues, les viene á faltar todo, entrérganlos entonces al *Castigo*.

—¿Qué castigo es éste?

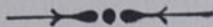
—¿No ves—dice,—un poco detrás de ellas una como puerta pequeña y un lugar estrecho y obscuro?

—Sí ; y aun parece haber allí unas mujeres feas y sucias, cubiertas de remiendos.

—Es verdad. Estas, pues—dice,—son : la que tiene el azote en la mano se llama la *Pena* ; la que tiene la cabeza entre las rodillas, la *Tristeza*, y la que se mesa sus propios cabellos, la *Rabia*.

—¿Y aquel otro, que está junto á ellas tan feo y tan flaco y desnudo, y tras de él otra mujer, que le parece mucho, fea también y flaca, quién es?

—El—dice,—se llama el *Duelo*, y su hermana se dice la *Aficción*. En manos, pues, de todos éstos lo entregan, y en compañía de éstos vive atormentado. Después lo echan otra vez á otra casa, que es la de la *Malaventura*, donde acaba su miserable vida en toda miseria, si ya la *Penitencia* acaso no se topa con él.



ODA PÍTICA

DE PÍNDARO

Traducida por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.—Obispo de Linares (Méjico).

A MIDAS DE AGRIGENTO

FLAUTISTA.

¡Oh la más bella que al mortal hospeda
 Ciudad ilustre! Tú, de Proserpina
 Sede divina, de brillar amante,
 Oye mi ruego.

Tú, cuya frente se alza en las riberas
 Del Agrigento, ricas en ganado,
 Sobre collado que gigante muro
 Fuerte circunda:

Esta que á Midas en el Pitio circo
 De hombres y dioses el favor hoy dona,
 Verde corona, recibir propicia
 Dígnate, Reina.

Y abre los brazos al varón insigne
 Que á los flautistas vencedor supera,
 Que Grecia entera á conquistar envía
 Déléfco lauro,

En aquel arte, creación de Palas,
 Cuando la diosa remedar el llanto,
 Con flébil canto, de las tres audaces
 Górgonas quiso:

Triste lamento, que en variadas notas
 Las feas bocas de hórridas serpientes
 Sobre sus frentes (cabellera horrible)
 Hondo exhalaron,

Y el ronco pecho de las almas ninfas;
 El día infausto que á la hermana bella
 Cruel degüella del audaz Perseo
 La inclita mano.

¡Ay! ¡Cuánto duelo su fatal venganza,
 A ti, Serifo que la mar rodea,
 Ruda acarrea, y al que tú sostienes
 Bárbaro pueblo!

Cae la cabeza de Medusa hermosa,
Y ante sus yertos, húmedos despojos,
Los claros ojos de las divas hijas
Ciega, de Forcis.

De Polidectes al nupcial banquete
El rojo cráneo, cual feroz trofeo,
Lleva Perseo; y en amargo luto
Trueca la fiesta,

Y de su madre los pesados hierros
Piadoso rompe; y el forzado enlace
Justo deshace de Danae el hijo,
¡Prole divina!

Cuenta la fama que de lluvia de oro
Nació sin padre: protegióle Palas,
Bajo sus alas consumando el héroe
Grandes proezas.

Libre de riesgos viéndolo la Virgen,
Para su nuevo músico instrumento
Vario conciento de estridentes notas
Dulce compone;

Y con la flauta, los agudos ayes
Que la garganta vierte de Euriala
Mágica iguala. ¡Salve, oh de Minerva
Útil invento!

A los mortales dándolo la diosa
Nombre le impuso, que el recuerdo vivo
Guarde festivo, de las cien cabezas
De áspides fieros;

Y hoy á los juegos y á la lid sangrienta
Llama á los pueblos el conciento blando,
Tenue pasando por el bronce que une
Débiles cañas.

Cañas, de danzas plácidos testigos,
Y que en el bosque del Cefiso ameno,
Cabe Orcomeno (de las Gracias villa)
Crecen lozanas.

¿Quién las espaldas, si á la dicha aspira,
A los trabajos volverá cobarde?
Dios en la tarde calmará las penas
Que hora lo abruma.

No cede el Hado; mas apenas deja
A los mortales la última esperanza,
Nueva bonanza los perdidos bienes
Fácil resarce.

ODA ISTMICA

A MELISO DE TEBAS,
VENCEDOR CON LA CUADRIGA.

El hombre que no fia
En próspera fortuna ni riquezas ;
Que nunca se gloria
De su poder ni atléticas proezas,
Merece que con manos
Frenéticas, le aplaudan sus hermanos.
¡ Oh Jove poderoso !
De ti sus prendas el mortal recibe ;
El varón religioso
Largos años, en paz, contento vive :
Quien de impiedad alarde
Se atreve á hacer, felicidad no aguarde.
Con fiestas y canciones
(De las Gracias favor) premiar es justo
La ínclitas acciones,
Enaltecendo al vencedor agosto.
¡ Meliso ! Honor y gloria
A ti, que alcanzas hoy doble victoria.
Sin rival el gentío
En el Istmico valle hora te aclama ;
De jinete el umbrío
Bosque del gran León te ha dado fama :
¡ Gózate, sí ! que elevas
Al cielo el nombre de tu patria Tebas.
De tus progenitores
No hay miedo, no, que tu valor desdiga :
El carro mil honores
A Cleónimo dió ; y en la cuadriga
(De tu madre parientes)
Los Labdaquidas fueron excelentes.
¡ Ay ! Nada su opulencia
Sirvió para evitar la del mudable
Tiempo, dura sentencia ;
Que es sólo contra el Hado invulnerable
Quien tuvo la fortuna
Que un dios meciera su celeste cuna.



